No creas tampoco que mi amigo haya puesto sus atenciones solo en el campo. En el lugar tambien demuestra á cada paso su actividad, su inteligencia y amor del bien. Todo se ha transformado. Este Pueblo que te causó tanto horror, este conjunto de habitaciones ruinosas, húmedas, profundas y mal sanas, estas calles sucias, asquerosas y llenas de barros, ya no presentan el horroroso y desagradable aspecto en que las viste. Mi amigo, alentando á unos, prestando á otros, y acudiendo á los mas, ha hecho acomodar casi todas las casas y blanquearlas, ha hecho tambien levantar los suelos para que estando mas altos que la calle, no puedan entrar en ellos las aguas llovedizas y se preserven de la humedad. Ha hecho que en vez de las estrechas ventanas por donde apénas entraba la luz, se rasguen otras espaciosas por donde el ayre circúle con libertad. En fin ha hecho que los mismos vecinos arreglen y tengan empedradas las calles, dando corriente á las aguas, de modo que hoy todo el Lugar está seco y sano, y sus casas, léjos de parecer como ántes receptáculos de bestias, parecen hoy habitaciones de racionales.

Todo esto seria poco, si no hubiera contribuido y logrado una gran reforma y mejora en las costumbres públicas y domésticas. Su zelo en esta parte ha sido tan activo y tan feliz, que ::: ¿ Pero dónde me iba á meter ? ¡ Qué asunto tan fecundo ! y ya mi carta es demasiado larga. Permíteme pues que la interrumpa aquí, y que lo reserve para otra. Á Dios, Antonio mio.

CARTA XXXVIII.

Mariano á Antonio.

Amigo Antonio : Hasta ahora no he podido hablarte mas que de las mejoras exteriores de casas, calles y suertes. En mi última te prometí hablarte de las interiores, esto es, de lo que ha hecho mi amigo para desterrar la ociosidad y la mendicidad, para excitar la industria, promover las Artes, y reformar las costumbres. Estos bienes que son tan grandes, y que parecen tan dificiles se han logrado por los medios que voy á referirte.

Una mañana pocos dias despues de mi llegada vino el Cura y trajo á mi amigo una lista de mas de doscientas familias entre quienes habia distribuido el dinero, que le habia dado para repartir entre pobres. Y añadió, que aunque la cantidad era considerable, el número de los necesitados era tal, y las necesidades tan continuas, que se habia consumido sin haber podido satisfacerlas todas. Mi amigo dixo : Que le haria dar otra cantidad igual para que la volviese á repartir de nuevo.

Yo dixe : Que no aprobaba esta conducta ; que me parecia que esta manera de hacer limosna en vez de hacer bien produciria muchos males ; y que con ella mi amigo léjos de remediar el Lugar, acabaria de perderle y arruinarle : que las familias pobres que eran entónces doscientas, dentro de tres meses serian quatro-

cientas, y al fin del año lo serian casi todas: que esta era una verdad infalible, acreditada por la experiencia; porque el hombre es naturalmente perezoso y holgazan, que jamás trabaja sino aguijoneado por la necesidad; y que quando puede vivir sin trabajar, no trabaja para vivir.

Señores, les añadí, en un pais en que ni el Gobierno ni las costumbres han sabido imprimir un carácter de infamia y deshonor á la ociosidad, se prefiere vivir sin hacer nada á costa de la caridad agena, y quando vean que vos dais dinero á los que piden, todos os pedirán y abandonarán el trabajo. Con esto lo que conseguireis es acabar de arruinar las pocas Artes que haya, hareis que dexen toda ocupacion honesta y laboriosa, y aumentareis la embriaguez con los demas vicios compañeros inseparables de la ociosidad.

Si quereis hacer limosnas útiles y bien entendidas, proponed medios con que puedan ganar su pan y producir obras provechosas. Estableced manufacturas groseras y comunes de que sean capaces, y que les proporcionen los medios de subsistir, produciendo efectos que sirvan á otros, y en fin obedeced al genio de la naturaleza, que no quiere que el hombre se aproveche de sus dones, sino quando los sabe arrancar de su seno, y quando la fuerza á producirlos. Obedeced tambien á la Ley Divina que ha condenado al hombre á sazonar su pan con el sudor de su frente.

Aquí, señor, me respondió el Cura, todos esos principios son impracticables. No hay en que ganar la vida, los jornaleros mismos apénas pueden encontrar tra-

bajo, sobre todo en lo que se llama tiempo muerto, y en que es menester contar casi todo el invierno. Para las infelices mugeres no hay tiempo vivo, ni ellas saben ni hay ocasion en que puedan ganar un quarto. Algunas pocas se destinan á servir, y esta es toda su salida; y fuera de que es grande su ignorancia, hija de su crianza infeliz, no hay aquí personas que las ocupen en nada.

Vé aquí pues, le volví yo á decir, los males que se deben remediar, y que no se remedian con esas limosnas mal entendidas, ántes sí se aumentan. Si mi amigo quiere hacer limosnas bien hechas, que sean provechosas al pobre, útiles al Estado, y agradables á Dios, que disponga y prepare ocupaciones en que todos puedan ganar su jornal. La tierra ofrece muchos medios para emplear los brazos robustos. Las Artes no presentan ménos para ocupar los débiles, y si todavia sobran brazos, las manufacturas los emplean sin límites. No hay en el mundo poblacion tan numerosa que pueda bastar para llenar todo lo que estos medios reunidos pueden comprehender.

Mi amigo desea poblar una parte de sus tierras, quiere construir algunos edificios, y cooperar á que las cosas del Lugar se consoliden y mejoren. Vé aquí pues caminos para ocupar muchos jornaleros. Las familias que adquieran suertes y cosechas son otros tantos pobres quitados de la ociosidad; solo á los que no quieran ó no puedan tener parte en esta ventaja, será conveniente proporcionarles otros medios de ganar su vida. Y los mas naturales y fáciles son los de fomentar en el Lugar el pro-

greso de las Artes mas comunes. ¿Por qué nuestros habitadores irán á comprar á las Ciudades vecinas sus zapatos, monteras y camisas? ¿Por qué no podrán aprender y exercitarse ellos mismos en estos oficios?

¿Por qué mi amigo en lugar de repartir ese dinero que vuestra mano pasa á la de los pobres, y con que los acostumbra á la pereza y á los vicios, no podrá emplearle en hacer que los muchachos aprendan á ser herreros y carpinteros? ¿Por qué no los empleará en establecer aquí fábricas de lienzos comunes y de paños groseros para que hagan los géneros de que se visten, y que ocuparán á muchos, sobre todo á las mugeres que ganarán el pan con las hilazas? Me parece que mi amigo obraria mejor empleando en esto su atencion y su dinero, que no en darles los medios de ser holgazanes, y que vayan á la taberna. Yo creo que la limosna que propongo es la mejor.

Sin duda, Señor, me volvió á decir el Cura, que eso seria incomparablemente mejor; pero eso pide tiempo, y las necesidades son urgentes. Por otra parte quando reconozcais el Lugar, y esta especie de gentes, quizá juzgareis que no será tan fácil introducir aquí fábricas que necesiten de inteligencia y de aplicacion. La pereza á que se van acostumbrando estas gentes es dificil de concebir. Pero decidme, quando con el tiempo eso se consiguiera, ¿qué haremos con los muchos enfermos que hay continuamente, con tantos impedidos y estropeados, que vagan por las calles, inútiles para el trabajo?

Si á lo ménos hubiera un hospital en que curar los enfermos, si hubiera una casa de Misericordia en que

recoger los estropeados, concibo que presentando ocupaciones á los sanos, habria razon para no dar limosna á los mendigos; pero como aunque se abran muchos caminos de ganar la vida, es imposible que falten necesitados de esta especie, lo es tambien dexar de dar socorros. Vé aquí lo que sucede: Un padre con el trabajo de sus manos mantiene muy bien su familia; pero cae enfermo, y no hay un Hospital que le reciba. Aquel mismo dia no solo él sino toda su familia están en la miseria. ¿No es preciso socorrerlo? Y mucho; le respondí yo. Si se debe dar trabajo al que puede trabajar, se debe prestar atencion, auxîlio y socorro al que no puede, y nadie lo merece tanto como un jornalero ó Artesano honrado, que vive con su trabajo, quando una enfermedad ó accidente le priva de los medios de ganar el sustento.

Es pues necesario, me replicó, que en un Lugar tan numeroso como este haya un Hospital para curarlos. Yo no saco esa conseqüencia, respondí, ni soy de esa opinion: ¡Qué, señor! me volvió á decir espantado: ¿Vos pensais que no seria útil aquí un Hospital en que se pudiese curar á los pobres enfermos? Sí, señor, le volví á responder, creo que no seria útil; porque me parece que se puede disponer mejor. No os escandaliceis, señor Cura; porque esta opinion que os parece tan dura nace de principios de humanidad. Escuchad mis razones.

Confieso que los Hospitales pueden ser necesarios en las Cortes, en las Capitales ó en las Ciudades muy populosas; porque como por razon de la mayor facilidad

de hallar trabajo, por la concurrencia de los que conducen los consumos, y por otros muchos motivos concurren á ellas gentes de todas las provincias, y pobres de todas especies, siempre existe en sus recintos un gran número de extraños que no tienen allí ni hogar ni familia, y que quando caen enfermos no tienen á quien volver los ojos: no hallarian persona que los cuidase, ni abrigo que los cubriese, y se moririan por las calles. Estas circunstancias hacen indispensables los Hospitales á pesar de sus defectos, para que puedan refugiarse en ellos, y se les asista lo mejor que se pueda. No hay otra razon sólida para defenderlos.

Pero los Hospitales tienen en sí defectos intrínsecos é irremediables que dependen de la naturaleza de las cosas humanas. Por mas zelo y caridad con que se disponga su establecimiento, es imposible que el tiempo, la costumbre y la multitud de los enfermos no debilite poco á poco este sentimiento de dulzura y compasion que consuela tanto á la débil sensibilidad del enfermo. Como es preciso servirse de subalternos mercenarios que no exercen este penoso oficio sino por interes, y que no pueden tener aficion personal á enfermos que no conocen, adquieren por la costumbre una especie de dureza que causa mayor mal á los enfermos, que el bien que pueden producir los remedios.

Las enfermedades de ordinario al paso que enflaquecen el cuerpo debilitan el ánimo; y nunca es mas útil y mas bénefica para los hombres la compasion, la paciencia y el cariño de las personas que les asisten. El miserable enfermo que se transporta al Hospital no solo pierde la vista, la compañía y la asistencia de su muger y de sus hijos, sino que lleva en su corazon un torcedor atroz con la idea de que todos quedan en la mas estrecha miseria. Basta para afligirle esta forzosa separacion de las personas que mas ama.

Pero el enfermo que se puede curar en su casa en compañía y con la asistencia de las personas que le aman y que él ama, evita por lo ménos todos estos quebrantos que hacen su situacion mas dolorosa. No añade á los males de la naturaleza los que el enfermo del Hospital sufre por la necesidad de las circunstancias. No solo está mejor asistido, sino que tambien padece con mas consuelo. Estas ventajas me persuaden que en un lugar donde no hay advenedizos, donde todos tienen una familia y su hogar bueno ó malo, no conviene establecer un Hospital, sino cuidar de que cada uno se cure en su casa.

¡Que cada uno se cure en su casa! exclamó el Cura con calor. ¿Y de dónde saldrá el dinero que es menester para tanto gasto? De la misma bolsa, le respondí yo, de que hubiera salido el que se necesita para fundar y mantener el Hospital, y creo que es mas barato. Considerad, señor, lo que es necesario para fundar un establecimiento de esta especie. Es menester empezar por construir, comprar ó adquirir un edificio sólido y bastante espacioso para recibir los muchos enfermos que puede haber, y disponerlo y guarnecerlo de los lechos y demas utensilios necesarios, que no basta hacer una vez, porque es menester renovarlos siempre.

Esto es muy costoso, y yo lo evito todo, pues cada uno tiene su casa y su cama.

Será menester hacer separaciones de hombres y mugeres, y además otras separaciones para las enfermedades contagiosas. Todo esto exîge mucha extension y mucho gasto. Yo nada necesito de esto, pues cada enfermo tiene su casa separada. Despues de hechos estos gastos será menester dotar este Hospital de Administradores, Médicos, Cirujanos, Capellanes, Enfermeros, Cocineros, y un número infinito de otros sirvientes. Este estado mayor es numeroso, obliga á mucho gasto, y sin hablar de los descuidos, del desórden ó de los robos que puede haber, es cierto que absorverá una gran parte de las rentas, y que ántes de que las aproveche un enfermo, se las habrán comido muchos sanos. Pero uno en su casa no tiene necesidad de este aparato. Con los socorros que se le pueden dar, cada enfermo pagará á todos los que le sirven durante la enfermedad. Nada manifiesta tanto los inconvenientes de los Hospitales como la general repugnancia del Pueblo. Apénas van los mas desvalidos, los de la ínfima clase, y quando se vén forzados por la necesidad mas estrecha; solo van quando ya no pueden resistir á la violencia del mal, y no les queda otro arbitrio. Los mas prefieren sufrir y morir en su pobre cama al triste recurso de tan rudo y desagradable servicio, y es como vergüenza aceptar alivio tan penoso que parece destinado á los que la suerte reduce al último punto de miseria. Indicios todos de que allí la caridad no es, y acaso no puede ser tan dulce, tan benigna, tan atenta, vigilante y afectuosa como debiera.

Considerad ahora el consuelo que es quedarse entre los suyos, recibir con dulzura y amor de las personas que mas quiere los servicios de que necesita, y que son de confianza tan íntima, tenerlas siempre á su vista, y verlas tan compadecidas de sus dolencias como ingeniosas en su alivio. Que se me compare la atencion y el cuidado de una muger que sirve al marido que ama, del marido que ve en peligro á la madre que le ha dado y le cria sus hijos, de la hija tierna que ve padecer al padre por quien vive; que se comparen, digo, estos tiernos y afectuosos servicios con el grosero atropellamiento de un sirviente insensible, y que se me diga: ¿quál será mejor para la curacion del cuerpo y la salud del animo? Señor Cura, quando fuera posible probarme que supuesto el establecimiento y la dotacion de un Hospital, su método seria ménos costoso que el de que cada uno se cure en su casa, yo no lo prefiriera. Porque lo que puede costar de mas, es tambien limosna, y va mas derechamente al fin de la caridad, que es la curacion y el alivio del enfermo. Nadie puede dudar que será mejor asistido, mas presto curado, ó á lo ménos que tendrá mas consuelo; y si á estas consideraciones añadis la circunstancia de que los socorros que se le dan para su curacion aprovechan á la familia que le sirve, y que por su enfermedad queda sin medios de subsistencia, no dudareis que esta caridad es mas universal y mas bien entendida.

Sin duda, señor, me respondió el Cura, que si fuera posible curar á los pobres enfermos en su casa, esto seria incomparablemente mejor, y á todas las ventajas